



La fealdad del pecado: el pecado mata o debilita la Gracia en el alma.

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

Santa Teresa, que experimentaba muy intensamente a Dios, se siente enormemente pecadora –«ruin», dice ella–, sin que en realidad haya grandes desórdenes o infracciones morales en su vida. Como si hablase de otra persona, lo explica a su modo, valorando los gustos de los que antes dependía:

«Como va más conociendo su grandeza (la de Dios), tiénese ya (a ella misma) por más miserable, como ha probado ya los gustos de Dios, ve que es una basura los del mundo, vase poco a poco apartando de ellos y es más señora de sí mismo para hacerlo» (Moradas 4, 3, 9).

San Juan explica que hay pecados mortales y los hay que no lo son: «*Si alguno ve cometer un pecado que no lleva a la muerte, ore y alcanzará vida para los que no pecan de muerte. Hay un pecado de muerte, y no es éste por el que digo yo que se ruegue. Toda injusticia es pecado, pero hay pecado que no es de muerte*» (1Jn 5,16-17). La instrucción pastoral sobre la penitencia dice: «*Lo mismo que las heridas del pecado son diversas y variadas, también debemos diferenciar los pecados, por razón de su gravedad, como siempre ha hecho la Iglesia a lo largo de su historia apoyada en la revelación divina*»¹. La Santa habla de mortal y venial.

«Parecíame casi imposible tanta guarda, tenía de no hacer pecado mortal, y pluguiera a Dios la tuviera siempre; de los veniales hacía poco caso» (Vida 4,7).

a) El pecado mortal. No hay alma que escape a la tentación. No tenemos título para ser impecables, y la más estricta clausura de un convento no es una muralla infranqueable. Este temor tenía la Santa respecto a sus hijas.

«Y considerad que este (temor) y muy mayor, tenían algunos santos que cayeron en graves pecados y no tenemos seguro que nos dará Dios la mano para salir de ellos y hacer la penitencia que ellos. Por cierto, hijas mías... ni hagáis caso del encerramiento y penitencia en que vivís, ni os asegure el tratar siempre de Dios y ejercitaros en la oración tan continuo y estar tan retiradas de las cosas del mundo y tenerlas a vuestro parecer aborrecidas. Bueno es todo esto, mas no basta, como he dicho, para que dejemos de temer» (3Moradas 1,1-4).

Nadie goza aquí en la tierra del privilegio de la impecabilidad. La definición de pecado mortal no está en la Sagrada Escritura con este nombre, pero como se ve en los clásicos, teólogos, maestros de la

¹ C.E.E. Instrucción Pastoral. Dejaos reconciliar con Dios, no 29.15-IV-1989.



vida espiritual, santos, le han dado este nombre para distinguirlo según la gravedad. Mortal, porque produce muerte espiritual del alma, y nada le aprovecha.

«Ninguna cosa le aprovecha, y de aquí viene que todas las buenas obras que hiciere, estando así en pecado mortal, son de ningún fruto para alcanzar gloria... y apartándonos de Él, no puede ser agradable a sus ojos» (1Moradas 2,1).

La Santa tenía verdadero pánico a estos pecados, pero sentía también verdadera pena de los que se encontraban en esta situación. Entiende que una prueba del amor al prójimo está en orar por ellos.

«Tomemos particular cuidado de suplicárselo y no nos descuidar, que es grandísima limosna rogar por los que están en pecado mortal» (7Moradas 1,4).

b) El pecado venial. Todos los cometemos: «Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos» (1Jn 1,8). Dios nos ha puesto en el mundo con una vida y un proyecto de vida. Si nosotros rompemos este proyecto de vida de Dios en nosotros, la gracia santificante, eso es el pecado mortal; si solo se debilita de una u otra manera, eso es el pecado venial. Por tanto, no todos los noes a Dios son del mismo calibre, los hay más gordos y los hay más pequeños, pero todos son muy importantes. El pecado venial nos está disponiendo para el pecado mortal. Semejante a la herida que se descuida, que trae fiebre, infección y, finalmente, la muerte, así el alma que no hace caso de pecados veniales cae siempre en otros mayores.

«Estas personas, aunque se guardan de no pecar mortalmente, no dejan de caer de cuando en cuando, a lo que creo, porque no se les da nada de pecados veniales, aunque hagan muchos al día, y así están bien cerca de los mortales. Dicen: "¿De esto hacéis caso?". Por amor de Dios, que tengáis en esto gran aviso de nunca os descuidar hacer pecado venial, por pequeño que sea» (Conceptos del amor de Dios 2,20).

Y la Santa habla del temor, porque el descuidarlos, son un auténtico enemigo, sin darnos cuenta muchas veces, nos van destruyendo.

«Pluguiese a Su Majestad temiésemos a quien hemos de temer y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues es ello así» (Vida 25,20).

Hay faltas veniales que se escapan por sorpresa, y que son propias de nuestro carácter, que ya conocemos, y por esto es fácil evitarlas. Hay otras que son deliberadas o de mala costumbre, estas son más peligrosas, porque, al habituarnos a ellas, no les damos importancia y se acaban apoderando de la voluntad, caminando hacia pecados mayores. Es preciso luchar por evitar el más pequeño pecado; no olvidemos el pasaje de San Lucas: «*El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho, y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho*» (Lc 16,10).

«Tened esta cuenta y aviso -que importa mucho- que no os descuidéis hasta que os veáis con tan gran determinación de no ofender al Señor, que perderíais mil vidas antes que hacer un pecado mortal, y de los veniales estéis con mucho cuidado de no hacerlos, esto de



advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos?» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,3).

El Señor nos ha llamado a la santidad. Y de la postura que se adopte ante el pecado venial deliberado, depende el progreso de nuestra vida interior, porque estos pecados, cuando no se lucha por evitarlos o no hay suficiente contrición después de cometerlos, producen un gran daño en el alma, volviéndola insensible e indiferente a las inspiraciones y mociones del Espíritu Santo, debilitan la vida de la gracia, hacen más difícil el ejercicio de las virtudes y disponen al pecado mortal.

Muchas almas piadosas están en una infidelidad casi continua en pequeñas cosas. Conocen sus defectos e infidelidades y los acusan quizá en confesión, pero no se arrepienten de ellos con seriedad ni emplean los medios con que podrían prevenirlos. No reflexionan que cada una de estas imperfecciones es como un peso de plomo que las arrastra hacia abajo, no se dan cuenta de que van comenzando a pensar de manera puramente humana y a obrar únicamente por motivos naturales, ni de que resisten habitualmente a las inspiraciones de la gracia y abusan de ella. El alma pierde así, poco a poco, sus puntos de contacto con Dios, en Él no ve al Padre amoroso a quien se entregaba con filial ternura: algo se ha interpuesto entre los dos. Es el camino, ya iniciado, de la tibieza.

«Pecado muy de advertencia, por chico que sea, Dios nos libre de él. ¡Cuánto más que no hay poco, siendo contra una tan gran Majestad y viendo que nos está mirando! Que esto me parece a mí es pecado sobrepensado, y como quien dice: "Señor, aunque os pese, haré esto; ya veo que lo veis, y sé que no lo queréis y lo entiendo; mas quiero más seguir mi antojo y apetito que no vuestra voluntad". Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece, por leve que sea la culpa, sino mucho y muy mucho» (Camino de Perfección -autógrafo de Valladolid- 41,3).

Si esto no lo tomamos en serio, puede ser que no nos sirvan de nada los ejercicios, porque siempre hay gusanos que roen, dice la Santa.

«Aunque a quien se guarda de ofender al Señor... le parezca que todo lo tiene hecho. ¡Oh!, que quedan unos. gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes, con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos, aunque sea en pocas cosas, una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos; que, aunque arrastrando cumplimos con la obligación para no ser pecado, no llegamos con mucho a lo que ha de ser para estar del todo unidas con la voluntad de Dios» (5Moradas 3,6).

c) El pecado de omisión. Hacer el bien es tarea nuestra mientras vivimos, y nos va a examinar, de hacer el bien y evitar el mal que podamos. Despertarnos para amar, dice la Santa.

«Siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda; que amor saca amor... Procuremos ir mirando esto siempre y despertándonos para amar» (Vida 22,14).



La razón de darle poca importancia, o ninguna a estos pecados, suele ser que es más fácil arrepentirse de una mala acción, que de no haber hecho una buena obra que pudimos hacer.

Con mucha frecuencia, al levantarnos por la mañana, deberíamos pensar esto, porque «*Jesús pasó haciendo el bien*» (Hch 10,38).

«Tampoco os pase por pensamiento que por tener estas almas tan grandes deseos y determinación de no hacer una imperfección, dejan de hacer muchas, y aun pecados» (7Moradas 4,3).

No nos podemos acostumbrar a hacer «*la vista gorda*» a lo que, aunque no es pecado grave ni obligación nuestra, dejemos de hacer. Caigamos en la cuenta en ejercicios del pecado venial y de omisión.

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!